

Versaciones de un chupaplumas

Capítulo primero

[1]



Este primer capítulo podría comenzar diciéndose que la puerta se cerró con lo que — si no fuera por temor a incurrir en la deslealtad hacia el lector de tratar de mediatizarlo haciéndole concebir la idea de una Lola que, entendemos, no tenemos derecho ninguno a proporcionarle al objeto de no obstaculizar su propia elaboración del personaje — podríamos denominar la inveterada suavidad con que se cerraban las puertas cuando era Lola quien las cerraba y que yo, que quizás por no



haber hablado todavía con mi amigo de las indicaciones que, dejando ella a medio limpiar el polvo del respaldo del sillón me diera bajo el argumento de que *al no ser yo*, dijo, *de la profesión* aportarían un toque de originalidad a mi trabajo no me percaté del móvil, corrí a abrirla de nuevo para preguntarle qué apuntes eran esos; pero que como ella no estaba ya en el descansillo la cerré de nuevo y que, no queriendo echar a perder la mañana atascado por algo que debía de ser puramente anecdótico habida cuenta de que yo no había oído hablar de ese hombre en mi vida, coloqué un folio nuevo en la máquina y traté de aplicarme a zanjar, de una maldita vez si era posible, un viejo dejar las cosas como estaban que se empecinaba en resistírseme so pretexto de que, por alguna razón que ya no recordaba, estaban difíciles.

Podríamos continuar con que empero o sin embargo y llevando escritos apenas cuatro renglones¹ mi propósito inicial se vio abortado cuando hube de levantarme para acudir a contestar el teléfono y con que, si



Versaciones de un chupaplumas

Capítulo primero

[2]

continuásemos — que no vamos a continuar porque estamos hablando de cómo pudieron ser las cosas que no fueron —, al enfilar el pasillo sonó también el timbre; y decir que dudé, recuerdo, a qué atender primero y que me decidí recuerdo también por la puerta aunque no llegué a abrirla porque en el suelo encontré un sobre pero al mirar por la mirilla no vi a nadie; y que retomé con él en la mano el camino hacia el teléfono y que, cuando contesté, ella, sin saludarme siquiera — pero entendiendo yo que no lo estaría considerando necesario puesto que sólo hacía unos minutos que se había marchado —, me espetó en tono muy vivo un escueto “¿lo ha encontrado?”.

Hubiera yo sin el menor empacho podido responderle que sí pero que “pero”; y nos habríamos colocado, tanto ella como yo aunque cabiéndome el mérito de haber sido el que diera pie al desarrollo de los acontecimientos, frente a la situación — tan en exceso explotada por tantos escritores que ya no causa sensación a lector alguno por tan enteramente previsible — de mantener un diálogo completamente absurdo basado en la errónea interpretación que ella diese a mi “sí” dando por hecho que yo me estaba refiriendo al destornillador por el que en realidad ella me estaba preguntando y replicando, a su vez, que habida cuenta “de lo torpe, y perdone, que es usted para todo lo que tenga que ver con la tecnología” le parecía del todo prodigioso. Y que me felicitaba.

Pero, ya digo, proceder de ese modo nos daría la sensación de estar echando mano de un cúmulo de lugares comunes; de modo que no vamos a hacerlo o, yo por lo menos, no voy a hacerlo (y creo que ella con sus ideas innovadoras estaría de acuerdo caso — que no va a darse por cierto y porque al no ser ella de la profesión qué necesidad tendría de verse involucrada ni embargada su atención² en una forma de hacer de la que no tengo yo seguridad de que fuera justo ni necesario el hacerla partícipe — de tener noticia del cambio de rumbo que he decidido implementar en este primer capítulo de este nuestro ambicioso proyecto) antes de estar absolutamente seguro de que no somos capaces, entre todos, de encontrar una solución que nos permita salir con la cabeza alta del embrollo en que nos encontramos.

² **requerida a la sazón (es cursi, pero muy literario) por la elaboración de masa de hojaldre para volovanes en la que se hallaba inmersa la mañana en que quise ponerla al tanto de mis intenciones.**

Versaciones de un chupaplumas

Capítulo primero

[3]

Le digo a mi amigo, que se muestra de acuerdo y celebra mi buen criterio de no hacer mención a un sobre que, no estando en antecedentes de las vicisitudes acaecidas “desde el lejano ayer en que tras denodados esfuerzos — rememora — por salvar a mi esposa de las garras de la muerte”³ tuve que acceder a hacerme cargo de Camelia⁴, no serviría sino para desconcertar al lector haciéndolo suponer algo más o menos en la línea de, de, de...

– Línea de qué, ¡hombre! — Lo urjo — que a ver si vas a atascarte justo ahora que vamos tan bien.

– De que tuve que marcharme a Groenlandia ¿Qué te parece?

– Pues un disparate. Un disparate porque ni veo la necesidad de irse tan lejos ni encuentro de qué forma ni manera podría afectar esa decisión a Camelia.

– No es una decisión tomada libremente — explica —; me vi forzado por causa de una concatenación de circunstancias con las que ni quiero aburrirte ni sería de recibo marear al lector cuando toda la finalidad del viaje no estaba siendo otra que, profundamente afectado por tan dolorosa pérdida, tratar de olvidar distanciándome lo más posible de cuanto había sido mi existencia hasta el momento; de poner tierra por medio, en definitiva.

– Ya — yo —, pero tanta, y tanta agua y tanto hielo...

Y por temor de que se vuelva a atascar lo hostigo aduciendo que, total, para enrolarse en un pesquero de quisquillas se podía muy bien haber quedado en Huelva.

– ¿En Huelva? — Se escandaliza —, ¿en Huelva precisamente cuando se da la circunstancia de que nuestras últimas vacaciones las pasamos en Punta Umbría?

– Vaya. Pues de verdad que lamento haber tenido una idea tan...

– No, si bien traída sí estaba — dice —, y si se hubiera tratado propia y exclusivamente de quisquillas sin ninguna connotación emocional, pues... Pero en estas circunstancias, dolorosas, ya te digo, me pareció más acertado seguir el consejo de un primo mío que está casado con una danesa

³ Cierro comillas porque el resto de la frase, expresado en forma bastante menos poética, es mío.

⁴ Aunque tampoco es uno tan patán como para soltarlo con tanta crudeza y lo que digo es “tuve el inmenso honor de que me eligieras para ser el mentor de Camelia”.

Versaciones de un chupaplumas

Capítulo primero

[4]

cuyo padre es alto funcionario del ministerio de industria, allí, en Nuuk, y tiene muchos contactos y una enorme influencia, que me apuntó la posibilidad de, por mediación de su suegro y con motivo de que con el disgusto mi creatividad iba a pasar una larga temporada en dique seco, enrolarme sin tenerme que examinar ni adquirir la nacionalidad ni nada en, como tú muy bien has dicho, un pesquero de quisquillas.

– Vale — Me avengo —, pero, Camelia...

– Camelia no podría, dada su percepción tan distorsionada de la realidad, vivir en aquellas latitudes; imagina a tenor del chaparrón que le cayó encima la tarde de las lentejas...

– Eran judías.

– Pues imagina, aunque fuesen judías, a Camelia con su abanico y su pabela en pleno invierno en lo alto de un fiordo.

Y que quién la tomaría después en serio; y que qué pasaría, si tuviésemos que a lo mejor recluirla en un psiquiátrico a causa de las extravagancias que una vez encarrilada por la impredecible senda de la demencia se le pudieran ir ocurriendo, no ya sólo con la propia Camelia y con el futuro tan prometedor que teníamos — “porque, toma nota con letra grande y clara”, me dice, y que me lo subraye en rojo si pienso que puede olvidármese, “de que tengo tu palabra de amigo de que estás conmigo en esto” — tan estupendamente diseñado para ella y, por extensión, para todo su entorno sino con nosotros mismos y el futuro nuestro, porque, dice, él no sabe si yo estoy más o menos puesto en esos temas, pero de él lo que me puede decir es que de manicomios y de cómo sea la vida en ellos no tiene la más remota idea, ni del horario de visitas o de si Camelia se adaptaría o se lo tomaría como una ofensa y se negaría a seguir formando parte del equipo o, caso — “trata de imaginar” me dijo — de acceder a continuar, nos pusiera la condición de que teníamos que irnos todos al manicomio con ella, que me armé de valor y le dije que, según su indicación, traté de imaginar y, una vez imaginada la situación con todos sus aderezos y su enorme carga de dramatismo, no me seducía en absoluto cuando, pero eso no se lo he dicho a mi amigo todavía, todavía era Lola quien abría y cerraba todas las puertas de esta casa antes de, por asuntos familiares según me dijo, verse en la necesidad de marcharse a Sri Lanka.

Fin

Del capítulo primero de las **Versaciones de un chupalumas**